

ORANDO CON LA PALABRA

(Fiesta del Bautismo del Señor)

“ El pueblo estaba en expectación y todos se preguntaban si no sería Juan el Mesías, él tomó la palabra y dijo a todos: Yo os bautizo con agua, pero viene el que puede más que yo y no merezco desatarle la correa de sus sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego”. En un bautismo general, Jesús también se bautizó. Y mientras oraba, se abrió el cielo, bajó el Espíritu Santo sobre él en forma de paloma y vino una voz del cielo: “Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto”

(Lucas 3,15-16.21-22)

Tras la celebración de la fiesta de la Sagrada Familia, la liturgia nos presenta hoy con el Bautismo de Jesús, el comienzo de su caminar por tierras galileas, anunciando el Reino.

El silencio ha acompañado el largo período de Jesús en Nazaret. Tiempo de crecimiento, de fortalecimiento, tiempo de discernir y armonizar sus sueños con la voluntad del Padre.

En el Jordán, Jesús se acerca a recibir el bautismo de Juan como uno más de los creyentes que, recibiendo el agua que limpia y purifica, esperan la salvación de Dios. En el Jordán se da una experiencia nueva, dos humildades que se encuentran. Jesús se presenta “como uno de tantos”. Juan reconoce que no merece ni desatarle la correa de sus sandalias”. Y sobre esta realidad, se abre el cielo y el Espíritu se posa sobre Jesús, se hace uno con Él y lo fortalece para iniciar su nueva andadura. Jesús recorrerá los caminos de Galilea sanando heridas, devolviendo la dignidad a los rechazados, perdonando, generando esperanza, anunciando el Reino de la Misericordia.

Jesús bautizará con Espíritu Santo, nos empapará de su Espíritu que alienta, acompaña, impulsa y recrea la vida. Permanentemente nos tendríamos que preguntar, cómo acogemos al Espíritu y cómo mostramos en nuestro vivir cotidiano, que estamos purificados, renovados, que somos hijos de Dios en el Hijo amado y hermanos, siempre en camino, hacia la plenitud de la fraternidad universal.

Que reconociendo que “no merecemos ni desatarle la correa de las sandalias”, pero fortalecidos por el Espíritu e invitados por Jesús a seguirle en su andadura, retomemos , cada día, nuestro camino apasionado por anunciar y vivir el Reino.

ORACIÓN

Tras la celebración gozosa
de tu Encarnación,
de tu acampar entre nosotros
para compartir camino,
soledades y gozos,
y tras el recuerdo agradecido
de tu familia de Nazaret,

dónde al calor del hogar
creces y sueñas,
tu Evangelio guarda silencio
ante el largo período,
en el que el plan del Padre,
se hace espera paciente
hasta el momento de anunciar
su Proyecto del Reino.

Que vivamos en silencio, Señor
y con paciencia activa,
los procesos de gestación,
esperando, interiorizando, soñando,
confiando en que, algún día,
la semilla estallará
en flor, fruto y vida.

En el Jordán,
compartiendo la fe de los creyentes,
recibes el agua purificadora.
Juan no se apropia
de la expectación de las gentes
para su propio beneficio,
sino que se reconoce
humilde vocero y anuncio
del que viene a ofrecernos la Salvación.
Y en el encuentro de dos hombres humildes,
entregados en radicalidad
al Proyecto del Padre,
se abre el cielo
y el Espíritu se hace presente
te invade y se hace en ti, fuerza de Dios
para construir el Reino.

Que reconociéndote
Señor de la historia y de la vida,
reactivemos la fuerza
que dejó en nosotros tu Espíritu por el Bautismo.
Que le dejemos hacer
en nuestra vida.
Que nos dejemos iluminar,

convertir, transformar.
Que nuestros pequeños gestos cotidianos
muestren que estamos purificados,
reconciliados, salvados
por la fuerza renovadora de tu Espíritu.
Y que en Él y por Él,
sigamos en pie y en camino,
hacia la realización plena
de un mundo de hermanos.

En el Jordán
y con el impulso del Espíritu,
abres una etapa nueva.
Y los caminos y los pueblos
se llenan de flores y risas,
porque el Reino que proclamas
es el Reino de los pequeños y los humildes,
porque cuidas la vida,
la acompañas y la dignificas,
porque te acercas a los rechazados y a los enfermos,
porque a todos los acoges
con entrañas de de Misericordia.

Que cada mañana,
estrenemos, Señor,
nuestro caminar apasionado por el Reino.
Que nuestra mirada,
nuestra palabra,
nuestras manos,
nuestro corazón
sean presencia cercana
de tu Misericordia.
Y que contigo
y con la fuerza de tu Espíritu,
entreguemos nuestro servicio,
nuestros dones, nuestra vida,
para que en el corazón de los hombres,
renazca la esperanza.

Amén

(Hna. F.Oyonarte)

